

*dacia
maraini*

el arte de amar

Hace siglos que Ovidio enseñó a los jóvenes machos romanos, soldados, siervos, patronos cómo se conquista a las mujeres en teatros, mercados, bajo los pórticos, en la playa, en la ciudad. Los exhortaba a ser tenaces, furtivos, ávidos, rapaces con astucia y galantería. "Pequeñas cosas conquistan las cabezas livianas de las mujeres", decía. Y luego, invitando a hacer buen uso del vino: "Es frecuente que la mujer les robe el corazón a los jóvenes, y en los vinos el Amor es llama entre la llama. Más no confíes demasiado en la incierta lumbre de la lámpara; la noche y el vino alteran el juicio. A la luz pregúntale si una gema es pura, si buena púrpura tiñe la lana; al día pregúntale si una mujer vale. Ya sabes, a oscuras todas las mujeres son iguales".

Voy a invertir ahora tus palabras,
Ovidio Nasón, poeta gentil y enemigo.
Tu voz festiva la hago mía y digo:

Si entre vosotras, mujeres burladas, alguna ignora el arte del amor,
lea estos versos, diluidos en el agua del orgullo,
y ya experta imponga su furor.

La mano de una madre tosca, incontaminada
y seca nos llevó vigilantes hacia el deber social.
Tu madre áspera es una vestal, un carcelero
que te indica el camino hacia tu mujeril deber.
Esa mano perversa y gentil que te lavó
la cara y el trasero, que te alimentó
y limpió y acarició y castigó, esa mano es
tu enemiga más dura por ser mano de mujer
que te enseña las reglas del hombre, la mano
atenta y dulce del patrón sobre tu cabeza
ya condenada, y no lo sabes, mujer ciega
y sorda, audaz e indolente. Tú excavas en tu
vientre de tierra una tripa sin aire en donde
escondes y nutres tu alma asfixiada e incolora.
Quitémosnos las vendas del pudor!
Echemos ya el dios del sacrificio
a la basura y mirémosnos a los ojos

miedosos y viciosos por tanta servidumbre,
queridas mujeres.

Tú que naces al conocimiento del dolor,
las calcetas blancas bajo la rodilla,
la falda corta a cuadros, el cabello suelto
sobre los hombros flacuchos, en la escuela, en casa,
en los bailes populares, y en la bicimoto detrás de tu muchacho.
Tu bandera es la indiferencia tramposa
de tus dulces ojos de camelia hambrienta.
De las demás mujeres nada te importa;
la tersura de la piel, el fulgor de los cabellos,
el brillo de los dientes te hacen vencedora sin
esfuerzo y sin guerra, en la onda natural de la edad.
Y vas y corres y estás feliz de ser tú porque
te pegas a su tórax fértil de macho
sabiendo que te anhela como quiere el pan,
con serena lánguida pasión, sin amor.

Más todo está fijado de antemano como en una calcomanía
y tú eres dulce y él es rudo, tú eres suave y
él es duro, tú eres débil y él es fuerte,
y cuando te dice con su voz frágil:
"Te tomo, eres mía", tú aceptas naturalmente
su posesión que es social y no natural,
precipitándote de golpe en la degradación.
Le agradeces un helado, un paseo
en coche, una caricia, con humildad y miedo.
Y no sabes, mientras sorbes ese helado
de fresa que te tiñe los labios de morado
que te estás sorbiendo el alma, demasiado dulce
y fría y sabrosa, pero dispuesta ya a diluirse, a desaparecer.

La corrupción es tan fácil, limpia y honesta.
Las palabras de tu madre, de tu maestra,
de tus compañeras, te llevan como una
ternera de carne clara hacia el matadero.
Quien sabe cuando empieza esta sutil
corrupción de tu integridad humana,
si en el vientre oscuro de la herencia
cuando absorbías con la sangre el oxígeno
en una bocanada amarga que te llenaba los pulmones,
o después, en los gruesos pañales que te
oprimían el cuerpo deforme y enrojecido.
O bien después, entre los brazos amorosos de un padre
empleado que te enseñaba la primera A, la primera O.
O aún más tarde, con tu vestidito rosa,

y estrechando en tus brazos a una muñeca de pelo verdadero
que hace pipí por un agujerito en el plástico blanduzco,
para tu educación de mamá futura y ardorosa.
O más tarde aún, en tu primer pupitre laqueado,
mientras una maestra miope y paciente te enseña
a dibujar casitas con jardines y aladas flores amarillas.

Y he aquí que despiertas una mañana y estás ya corrompida,
la convicción de tu destino servil
se te metió en la cabeza como un clavo
que inmoviliza para siempre tus pensamientos, tus
certidumbres, tus sentidos, tus antojos, tus miedos.
Ese clavo te fijó con un golpe resplandeciente
en la ordenada y sensata oscuridad del firmamento social.
Un clavo tan bien clavado y tan a fondo
en las entrañas de tu cerebro delicado
que pensarás después haber nacido así, cornuda
como aquel extraño animal, el unicornio
bello y nunca existido, y sin embargo pintado y
cantado y abonado por las fantasías del mito.

Mas si tú, desde un principio te aceptas
como persona entera, sin resquebrajaduras ni golpes,
si aceptas mirar con ojos francos
el mundo, los deseos, los engaños, la eternidad,
verás, te cambiará la vida entre las manos,
y tu cabeza caminará sola y te parecerá
algo extraño y bello y quizás temible, pero la mortificación
ya la habrás pisoteado como la serpiente de todas las vergüenzas
y los dolores te parecerán más verdaderos y radiantes.
Toma por una vez la cara de tu muchacho
entre las manos, sin temblar por la audacia,
dóblale la cabeza de un lado con ternura y
bésalo tú, mordisqueándole un poco el labio superior.
Parece fácil, pero más fácilmente
pasa un camello por el ojo de una aguja
que una mujer tenga la fuerza de
ser sí misma, en su carne y en sus pensamientos.
Díle a flor de labios: ¡qué hermoso eres!
Y tómale la mano y díle: me gustas,
ahora vuelvo a besarte una y otra vez
por mi placer y mi alegría.

Y tú que eres virgen y te vistes de tu virginidad
como de una bandera tricolor, vistosa, despampanante.
Tú que has conservado esa "flor" como un tesoro

Fanny Rabel



entre tus amadas faldas años y años con tenacidad
y paciencia. A veces te encierras en el baño,
sola como un pez en el agua enjabonada
y contemplas tu joya radiante con ojos de
celosa avidez. Puede llamar tu padre, puede llamar
tu madre, tu soledad es tan perfecta que
tus oídos se volvieron de mármol y tu júbilo
contemplativo tan envuelto está en sí mismo
que tu vientre se hizo transparente.

Solitario, mudo, fulgente, ahí está el pequeño velo
rubio de tu integridad que crees natural y es social.
Pasas los dedos de cisne sobre ese tesoro adorado y
no entiendes, ya no entiendes que te has vuelto
una insulsa ávida avara conservadora de ti misma,
una guardiana feroz e impura de tu servidumbre histórica.
Conozco una muchacha ni muy alta ni muy baja,
con dos senos claros como melones, que se perforó
sola con sus propias manos y luego se secó el sudor
de la frente con los dedos sucios de sangre y de miedo.
Tú no, tú descansas sobre la almohada de tus sentidos magullados
y calculas como severo tenedor de libros, tus entradas,
tus salidas en el libro de los privilegios fatales.
La virginidad la conservas para aparecer más pura,
y no adviertes la impureza que pudrió
tu alma que ahora hiede a moho y a fango.

Y ahí estás, el día que decidiste. Recién casada,
amada, vestida de novia. Recibiste el
permiso oficial de romper ese leve opaco
velo de tu honra y hoy abrirás las piernas
al poder carnoso de tu patrón legal.

Ahí estás y todo te mortifica, pero la mortificación la tomas
por malestar natural. Hubo
intercambio de regalos. Pasaste como un buche
de saliva maliciosa por la boca oleosa
de tus primos, tíos, cuñadas, abuelos, parientes
que aluden a tu próximo sacrificio con
alegría obscena y pueblerina picardía.

Ahí estás, sudada, entre flores y restos de
pastel mordisqueado junto a colillas
de cigarros apagados. Miras a tu alrededor contenta
porque éste es el papel que debes actuar hoy,
pura, festiva, sólida, sonriente, no ignara
de los ojos ansiosos que te imaginan en la cama,

esquiva y luego deseosa, con el novio encima triunfante, ambiguo, acalorado, que te "hace" mujer. Crees que tu malestar, tu mortificación sean cosas infantiles que hay que negar y no sabes que son las últimas gotas del orgullo que te estás sacudiendo como moscas fastidiosas.

Y llega la noche y te encierras en la alcoba del amor acompañada por las fantasías voraces de tantos parientes y amigos vestidos de fiesta. Dejas caer tu vestido blando, pesado, costoso. Y los ves a él, ahí, con la señal de la camiseta sobre el pecho flaco, los ojos encendidos de extranjero. Tu mano húmeda corre al interruptor de la luz. Permanecen a oscuras, medio desnudos y hostiles. Tú te preparas, gentil y carnosa, a actuar ahora otro papel, el de esposa en la noche de bodas. Tímida, torpe, resignada, púdica, amorosa. El oprime su boca seca contra la tuya. Te empuja luego hacia atrás con un gesto de impaciencia, y entonces, tú te abandonas derramando sobre la sábana tu vergüenza disfrazada de obediencia y docilidad conyugal.

Ovidio está muerto y sepultado y sus huesos se han vuelto livianos como vidrios, sus jugos vitales se los comió la tierra para alimentar con ellos enredaderas y ortigas y hayas. Siglos y siglos de hazañas han pasado, de guerras y revoluciones y transformaciones. Más sus dulzonas palabras despectivas sobre las mujeres permanecen vivas. Millones de hombres siguen pensando lo mismo, con turbia risueña seguridad, convencidos de que esas reglas que respetan son naturales y eternas. Escucho ya la voz ríspida de mis amigos revolucionarios que me dicen: pero el hombre también es explotado, también él es víctima de la opresión, no pierdan de vista la lucha de clases con estas fantasías.

Ya lo se, lo sabemos, no griten tanto, la intolerancia de ustedes demuestra miedo. ¿De qué tienen miedo? ¿De descubrirse opresores aunque sean oprimidos? De hallar en el fondo de su corazón algo dulce y sombrío que prefieren no sacar a luz porque podría transformarse en una llamarada de racismo oscuro y salvaje?

A la mujer, amigos y compañeros, se le mantuvo fuera de la historia, con manos y pies de leche. Fuera del poder, con ojos rosados de conejo, y humildes labios de conejillo de indias. Fuera del tiempo con pechos llenos de crema ácida y pezones turgentes de rubia abundancia. Fuera de la riqueza con vientres repletos de negro semen y tobillos pesados de cansancio. Fuera de la gloria, con brazos laboriosos y fulgentes, con muelles dientes de diamante.

Hagan la prueba de ser mujer un solo día, sufran la ligereza, el ultraje, la denigración que se hicieron carne de la carne sin que nadie se dé cuenta de ello. Traten de buscar un trabajo que no sea de burro de carga, que no sea el ofrecimiento y la venta de una piel pulida que se arruga con el primer otoño. Prueben la servidumbre, cuando la servidumbre se impone como necesidad, como una antigua innata tendencia del cuerpo femenino.

Vayan a trabajar para un patrón que juzgará cómo sonríen y no sólo como trabajan; que se hará dueño de vuestra alma y de vuestro áspero cerebro que en cualquier momento podrá destrozarse como una mosca entre dos dedos untados de grasa. Prueben a cocinar, coser, lavar, planchar, barrer, limpiar, rastrillar. Y me dirán después qué les queda del ancho aliento de hombres forzudos.

(Traducción de A. F.)

Fragmentos tomados del libro *Donne me*. Einaudi, 1974.